



¿Por qué insensato el fuego de mis iras
procaz lanzo en el polvo de los muertos?

.....
¿Por qué si vencedores y vencidos
hoy como hermanos marchan al progreso
unidos para el bien, y de sus patrias
al porvenir de su ventura atentos?...

Guillermo Prieto.

Cap. II

CAPÍTULO SEGUNDO

DONDE SE PROSIGUE Y ACABA EL DISCURSO
DEL ANTERIOR



Se suelen memorar con harto empeño la prepotencia y saña del intruso aherrajando á pueblos hasta entonces señores de su tierra y de su suerte, imponiéndoles leyes—por extrañas á ellos reputadas tiránicas é injustas—y borrando, casi, los rasgos todos de su vida propia y su propia grandeza.

No es ocioso insistir:

¿Acaso cuáles otros los fastos son y del humano avance la eterna pauta, el desarrollo lento, gradual, por capas superpuestas y etapas sucesivas, la incesante marea de las culturas—las unas á las otras sucediéndose en choques continuados, luctuosos—despareciendo las unas al formidable empuje de las otras y éstas robusteciéndose con los restos vitales que de su sér legáronles aquéllas?

Tal—como en todos los pueblos y países, del planeta en las varias latitudes—ofrécese, en concreto, el caso que nos toca como tema destas meditaciones:

Al acaso del vago recordar, sin riguroso método, y entre pueblos ignotos é innúmeras familias, recorriendo del Norte hacia abajo, en fugaz ojeada la extensión de la tierra hoy objeto deste rápido vuelo mirando al pasado, hallaréis á los ópatas—en la guerra valientes y en la paz muy sumisos y dóciles; á los pimas—afectos cual nadie al triste deleite de embriagueces locas; y al yaqui arrogante, musculoso, bravo, sin parcazador de hombres y alimañas; los apaches—nómadas, maestros en robos osados; de la Tarahumara á los hijos fuertes, dados al deporte de largas carreras que no se creyeran no viéndolas; los huastecas—de incierta prosapia y fabla melosa; los totonacos—pacientes constructores de pirámides sacras; los ulmecas—aurifabristas y en algodón y arcilla artífices diestrísimos; los tarascos pelones, de aspecto fiero en sus vestes selváticas de fieras montaraces... Los mixtecos—refractarios á toda servidumbre; los zapotecos—á cuya estirpe otorga alta fama la espléndida hermosura de sus hembras; mijes—poco sociables; zoques—que absorbe el chiapaneco pueblo; los chontales, hurafios—sometidos á prédicas suaves mejor que dominados por la fuerza; y los mayas—sembrando monumentos, de pas-

mosa cultura aun testimonio, por toda la Península tan querida y tan grata para el pío Zamná..

Y allí, y en edades do sólo á la leyenda, á la fábula, al mito, y al indeciso eco tradicional, explorar les es dado; en inciertas cronologías y pareceres varios, y en esta tierra á eventos prodigiosos reservada, ved sucederse—*amontonarse*, acaso fuera la expresión más propia—los fastos que en su misma confusa sucesión patente muestran lo infalible y seguro del eterno proceso—el mismo siempre en todas las edades:

♦♦♦♦

En los albores apenas esbozados que del mito y la fábula en la noche á la Historia iluminan su futuro sendero, vislumbráis—presentís, es mejor—entre las nieblas de tanta confusión é incertidumbre, cómo los otomites cedieron, resistentes, á la irrupción tolteca, que, por cuatro centurias arquitectos de un mundo, regaron á su paso soberbias construcciones—aun muertas, inmortales. Pueblo escogido que consigo traía la semilla de una cultura bien definida, con carácter propio y refinada asaz. La cual, los chichimecas—innúmeros y fieros, turbión de los desiertos y las selvas—hubieron de estrujar llegado el tiempo, como luego, en sus redes, el pueblo matlazinca los estrujó á su vez—cual desgranaba el oro alimenticio de pródigas panochas, lo mismo que, en sangriento amasijo tornado el prisionero, brindá-

LÁM. II



LA RVTA DE HERNÁN CORTÉS

COZUMEL

balo á sus dioses, insaciables de tan horrible ofrenda.

Sobre los unos y los otros, la familia nahoa aportó nuevas luchas, choques nuevos, y de Aztlán las familias peregrinas vertieron el torrente impetuoso de su expansión en triunfo:

Los xochimilca—de pescados y mieses amadores constantes. Los chalcas—siempre en airada pugna con quienes, sus parientes, sojuzgarlos ansiaban. Los tepanecas—padres del acolhua señorío, dominador del agua, produciendo más tarde el tezcucano esplendor, aun hoy asombro y maravilla grande de quien medita acerca de tal foco de luz destellando en las sombras circunstantes de barbarie y fiereza. . .

Los más lentos en su marcha hacia el Sur—aztecas aguerridos que guiara Tenoch, . . .—y es fuerza interrumpirse:

♦♦♦

(Tenoch, primado portavoz del temible Mexitli—el dios Huitzilopxtli. Deidad nacida de Coatlicue devota, que, sin carnal comercio, dió forma humana al celeste mónstruo de humanos corazones nunca ahito. Reflexionemos, pues; y medita el caso, sin desdenes ni escándalo: ¿no sería aquel símbolo espantable—de comprensión vedada al no iniciado—el símbolo de un otro dios concebido también en vientre de mujer y sin la mancha del contacto carnal—de un dios que humanos corazones, asimismo, no chorreando sangre sino

de sumisión humilde dulces lágrimas, ansiaba por trofeo de su obra de paz y de ventura entre los hombres todos? . . . ¡Perdón se otorgue al atrevido simil— casi blasfemia en su apariencia impía!—mas dado no nos es ahogar el pensamiento en la grande verdad que nos enseña cómo de varios y secretos modos va con los siglos la Verdad Eterna hiriendo del mortal, antes que el alma, los sentidos é instintos más groseros. . . Y brinda á meditar en la pregunta, el caso extraño de que, casi al tiempo que en un rincón del Asia cuerpo tomaba del Señor la esencia en entrañas virgíneas por obra de mística paloma—soplo del Padre— en el gran continente misterioso, otra deidad formó su cuerpo humano por obra de la *esfera*—¡un ave fué, de hijo!—*revestida de plumas*. . .)

....

Á aquellos, pues, aztecas aguerridos, los últimos llegados de su raza errabunda, tocó que dieran nombre y estable predominio—sobre tantas ruinas—al gran imperio, en armas y en victorias, en mando y fuerza respetado y temido de todos sus vecinos.

....

Hasta que, al fin, cumpliéronse los tiempos que anunciara—vidente—el pío Quetzalcoatl: el barbado patriarca, maestro en artes y en prácticas suaves, de lengua veste honesta y rostro amable.

Fatídicas señales del cielo airado y de la tierra en

furia, precedieron de cerca la llegada de una nueva grandeza—conducida por el carro del Sol—que savia nueva á inocular venía en la grandeza azteca.

Nuncio de ella, los astros, los volcanes, con signos luminosos espantables y aterrador estruendo, prepararon las almas y conciencias—formando la conciencia y el alma del indiano imperio cuya misión cumplido ya se había—á la gran, sacudida innovadora de todo lo existente.

Y del Martir del Gólgota la enseña, de Castilla el pendón—unidos en el símbolo de aquella ola avasallante portadora de nuevas energías, de un espíritu nuevo, en sangre y en horror do fué preciso, en dulzura y bondad do pudo usarse—imprimieron su sello á aquel aspecto de civilización más progresada.



Por tres siglos, de Iberia el polen fecundante vertió el principio activo de su esencia en el caliz, dispuesto á recibirlo, de la flor nahualteca.

Y hoy vése y hoy esplende el fruto sazonado de tamafía fusión:

Un tipo humano, con carácter propio, distintivo de todo un mundo, lleva en sí los arranques bravíos de la materna savia—la indiana—amalgamada con el genio que, aquende el vasto Atlante, de Atenas y de Roma

peregrino llegó—no sospechado por ellos mismos, bajo las armaduras y bajo los sayales de quienes consumieron la inmensa, prodigiosa, nunca vista Aventura—buscando en tierras vírgenes el campo do expandirse pudiera (de aquel genio y espíritu de Atenas y de Roma) el tesoro de vida y sentimiento, mejor que se expandía en el vetusto solar de sus pasadas glorias—ya estrecho para dar cabida al secular milagro de la estirpe.

♦♦♦

Consumóse el portento—cual todos los milagros, entre estupor, protestas y temores.

Y en éste, como sello—cual de Israel en el tremendo pacto—no escaseó la sangre...

Y de nuevo se insiste:

Esa es la eterna ley, y en vano es empeñarse mirar atrás fingiéndonos factible la que sería negación de vida—vuelta al Ayer.

Que el Presente contéplanos cual somos: producto del Pasado.

É inútil es y ocioso pretender la blasfemia de negarnos las luces adquiridas, á trueque de un anhelo pueril por lo que fué y no es...

♦♦♦

Sangre azteca é ibera, confundidas, mezcladas, produjeron un tipo humano superior, que, sonada la hora, una patria formó sobre cimientos graníticos á prueba de sacudidas recias.

Y el grito sacrosanto de „¡Independencia y Patria!“ señaló el nacimiento de una antes de aquello no existente nación:

♦♦♦

Súbditos de un poder llamado ESPAÑA, tan españoles—y no más ni menos—eran los hijos destas provincias de aquende el mar, cual lo eran los hijos de los del Rey peninsulares feudos.

♦♦♦

Los del lado de acá—cuando cumplidos fueron los tiempos y sonó la hora—conscientes de su fuerza y sus derechos, vinculáronlos con la fuerza y los fueros de la Libertad santa:

Flor aromosa y de matices vivos, cuyo campo mejor y más propicio Dios y el Destino decretaron que fuera el mundo de las selvas que fingen catedrales con sus ceibas, helechos y palmeras; el mundo de los ríos como mares; el mundo de los montes cuyas cimas se besan con el sol y las estrellas; el mundo de los campos prolíficos y ubérrimos, de las playas que alfombran no arenas sino perlas y nácares, y de los cielos tan ricos en celajes de apoteosis de luz y de colores...

♦♦♦

Y entonces fué—no antes—cuando naciera Méjico, con otros muchos pueblos: desde entonces naciones soberanas de sus destinos propios; hasta entonces nada más que parcelas del ibero solar, meras prolongacio-

nes geográficas del vasto imperio que rigiera el cetro del monarca español.

Que pensadores y héroes y caudillos de la gran epopeya de Independencia y Patria, jamás pensar—ni pensar podían semejante dislate—en restaurar de Moctezuma el debil ó del heróico Cuauhtemoc el solio derrumbado, sino en *crear* la Nación, que á celebrar se apresta en fecha próxima la primera centuria de su edad como pueblo.

♦♦♦

Así, pues, en la Paz nos abrazamos, en la voz de la estirpe nos unimos, del abolengo en la común identidad anímica nos sentimos hermanos... Y con la mente y corazón en alto, mirando al Porvenir que de las ramas múltiples de nuestro arbol frondoso reclama muy constante el esfuerzo viril para que de la gran familia la savia genial siga brindando al mundo flores y frutos de Idea, de Belleza y Sentimiento, mirando arriba, con gesto jubiloso, pensemos y creamos con el príncipe-vate—honra del reino tezcucano y clara gloria del indiano mundo—que

... del Eterno en los campos soberanos
todo es gloria y amor, paz y consuelo.
Y esos astros que tanto nos deslumbran,
lámparas son que su palacio alumbran.



Como triste princesa bajo la umbría
penumbra misteriosa de los jardines,
vaga del horizonte por los confines
la noche taciturna, la vírgen fría.
Paseando su inmensa melancolía
va, con la negra seda de sus chapines,
hollando las estrellas—blancos jazmines
que abandonó en las nubes el muerto día.

Francisco M. de Olaguíbel.

Cap. III